

LA CIUDAD AGONIZANTE

Publicado en ACTAS LUSO-ESPAÑOLAS DE NEUROLOGIA Y PSIQUIATRIA
Volumen XXX.—Enero-marzo, 1971.—Número 1

Depósito legal: M. - Sep. - 851 - 1958

DIANA, Artes³ gráficas. Larra, 12. Madrid. 1971

Un "columnista" de los Estados Unidos, refiere sus impresiones visitando con el Jefe de la Brigada antidroga de Nueva York un número determinado de una calle neoyorquina donde cualquier hombre desesperado puede encontrar seguro una dosis de heroína. La visita no pudo resultar más interesante. Dejando de lado el cuadro de desolación que, poco más o menos, es análogo al que se ha descrito tantas veces en el distrito "Ahsbury", de San Francisco, llama la atención sobre otros aspectos de este problema de las toxicomanías. La ciudad de Nueva York está muriendo de un cáncer, dice, que se origina en lugares como éste. No sólo Nueva York, sino otras varias ciudades están siendo exterminadas por esta plaga.

En el distrito policial 24 situado entre el Central Park y el Hudson, habitan 160.000 personas, de las cuales el 40 por 100 no son blancos. De ellos algunos tienen ingresos muy escasos, pero también hay otros muchos que viven en departamentos de la clase media superior y de lujo. Muchos de ellos son hombres y mujeres que viven en una cierta soledad.

Cuando un joven —los adictos en su mayoría son jóvenes y negros— se "engancha" en la heroína, al principio gasta 3 dólares diarios por una dosis y rápidamente sube a 5 dólares diarios; a lo largo de un año necesita mucho más hasta llegar a varias dosis de heroína que le

cuestan entonces ya 10 dólares cada una. El único medio para conseguir los 40 ó 50 dólares diarios que necesitan, es el robo. Si es cierto que hay 600 detenciones al año de narcómanos, la cifra de robos ha crecido en una proporción mucho mayor. Dos tercios de las personas implicadas en la criminalidad en ese distrito están "conectadas" con la droga. En definitiva la ciudad está agonizando.

Nueva York es una ciudad sitiada por 100.000 heroinómanos que viven dentro de ella, número que crece todos los días. Cada uno de ellos tiene que tener una renta para la heroína de 40 ó 50 dólares diarios como queda dicho antes. Esto significa que lo que se roba anualmente por los adictos en Nueva York alcanza la cifra de 1.500 millones de dólares, o sea en pesetas 105.000 millones. Contra esta plaga, la Policía no ofrece más que remedios que, a los ojos de un europeo parecen pintorescos, como el de no acercarse a las puertas, sino ir lo más lejos de ellas cuando se anda por la calle, buscar áreas muy iluminadas, etc., etc. La consecuencia es que los habitantes de Nueva York comienzan a vivir en una atmósfera "a lo kafka" y están decidiendo poco a poco abandonarla. Además, vistas las cosas al criterio americano, las gentes que la abandonan son aquellas que son capaces de pagar los impuestos, por lo que la agonía de Nueva York, como ciudad, se acelera.

Este es un nuevo aspecto del problema de las toxicomanías. Ya me ocupé de él en otra editorial hace dos años a propósito de los megalucinógenos. Ni siquiera resulta ya actual hablar de los megalucinógenos, porque lo que usan ya los drogadictos, aparte de los puros heroínómanos, no es una droga determinada, sino un cóctel que muchas veces resulta explosivo.

Un médico inglés a quien el Gobierno de su país iba a encargar de un Departamento para tratar estudiantes drogadictos me refería las impresiones que tuvo en la visita que realizó a una Clínica especializada en este menester, en Estocolmo. En esos cócteles que se inyectan muchas veces por vía intravenosa en Escandinavia y en Alemania y también en Inglaterra, predominan las grandes dosis de anfetamina; durante el recorrido de la citada clínica, tuvo ocasión de ver dos muertes repentinas después de una inyección, que se habían puesto dentro de la clínica dos jóvenes drogadictos, cada uno por su cuenta.

Al principio se pretendió, en Estados Unidos mismo, disminuir la importancia del problema. Algunos colegas mantenían la tesis de que la marihuana debía ser libre basándose en la experiencia de la época de la prohibición del alcohol —siempre lo prohibido resulta más atractivo— y en que la marihuana no tiene efectos destructivos de la personalidad. Ciertamente es que entre los que comienzan a fumar marihuana, muchos después la abandonan; pero no hay que olvidar dos órdenes de hechos: uno, el que el fumador de marihuana —me refiero especialmente a los adolescentes— forja su adolescencia en medio de esta-

dos psíquicos producidos por el tóxico que no son los más adecuados para la maduración de la personalidad. En segundo lugar, el hecho de que, en muchas ocasiones, sin darse cuenta los propios fumadores, caen en manos de una red especial que los maneja, pasándoles, sin que ellos se den cuenta, de la marihuana a la heroína y convirtiéndolos, finalmente, en heroínómanos puros. No hace falta hablar sobre un tercer hecho, dado que no está todavía absolutamente demostrado, aunque están apareciendo muchos trabajos sobre ello, y que se refieren a las consecuencias directas de la intoxicación. También habrá que esperar más tiempo antes de juzgar definitivamente los resultados del tratamiento de la heroínomanía mediante la mutación de esa toxicomanía en la habituación al demerol o a la dolantina.

En la enorme bibliografía que existe ya sobre los aspectos médicos y sociales de la toxicomanía en la vida contemporánea, se olvida con frecuencia uno, que la experiencia demuestra que es esencial: la desintegración de la vida familiar, proceso que avanza día a día en los países occidentales. No resulta por ello fácil la extinción de esta plaga. Contra las plagas bíblicas que constituían las enfermedades infecciosas, la medicina ha encontrado respuestas útiles, unas veces por medio de las vacunas y otras señalando lo que desde el punto de vista higiénico debería hacerse. En cambio, las medidas de higiene moral que suponen la existencia de la adicción a las drogas no son nada fáciles de improvisar ni de aplicar.

Prof. JUAN J. LÓPEZ IBOR.